

cion en todo lo que pertenece á ese pais. Allí, en vez de una literatura, hay cuatro: la americana, la inglesa, la escocesa y la irlandesa; todas ellas escritas en el mismo idioma, pero cada una con distinto carácter y con muchas riquezas literarias. La vida del gran poeta Cowper se ha escrito en tres volúmenes en octavo, y la de Johnson en cuatro. Según dice Walter Scott, la biografía de este último la tienen en todas las casas de campo. Hay allí treinta poetas que viven, todos originales, todos individuales y fecundos. Son interesantes las aventuras del desgraciado Savage y las de Shelley. Lord Byron es un coloso que encierra tesoros para el alma que está hastiada del mundo y para los que no tienen más amigos que los libros. En Inglaterra son raros los hombres de porte vulgar, como en Francia los de aire distinguido. Todo es excéntrico en aquella nacion; me gustan su originalidad y sus trajes extraños: allí reina el entusiasmo bajo mil formas, y al lado de las ideas positivas más severas se encuentran las consejas más pintorescas. Aquel pais lo reúne todo, lo positivo y lo ideal, la Francia y la Alemania. Es el único bastante fuerte para comprenderlo todo y bastante grande para no rechazar nada. Posee tan marcada individualidad, que á un inglés se le reconoce entre mil personas; el francés se parece á todo el mundo.

La abundancia de sectas religiosas en Inglaterra prueba cuando menos la buena fé de las almas que necesitan esperar y que no esterilizó el materialismo. Las extravagancias individuales de los jóvenes ingleses prueban la agitacion de sus almas: os disgustaria el ver lo que sobre esto sucede en Francia. No hay hombre á quien no apesadumbre verse fuera de su sitio. Esto os hacia sufrir en Ginebra. Pues bien, yo me veo cruelmente arrancado de mi centro, en Francia, que me es antipática, y lejos de Inglaterra, con quien tanto simpatizo; me encuentro en una nacion frívola, parlanchina, impía, árida, vana y fria; me encuentro aquí echando de menos otra nacion religiosa ó terriblemente excéptica, pero no indiferente; en la que se encuentran amigos fieles y almas exaltadas; en la que la misma frivolidad, extravagante y caprichosa, carece del tono chancero é insípido que gasta en Francia. En el restaurant donde cómo se reúnen franceses é ingleses y veo la gran diferencia que los separa; casi todos los

franceses son *gascones*, vocingleros y ordinarios; todos los ingleses, nobles y decentes. Conozco, amigo mio, que un amante puede entretener á su amante refiriéndole sus amorios, porque esta pasion encuentra eco en todas las almas y nada tiene de ridícula; pero es tal el exceso de mis dolores, que no me atrevo á confiarlos á nadie, porque son demasiado individuales y deben parecer ridículos á los que no los hayan sufrido. Sin embargo, os afirmo que en mi locura me causan dolores horribles, porque todo me los despierta. La vista de un inglés, la de un libro publicado en Inglaterra en la librería de Baudry, las burlas que inspiran á los franceses, todo esto me encoleziza y aviva mi dolor. En fin, mi propia manía me hace mirar con hastío hasta la gloria. Quisiera ser célebre en Inglaterra, y por lo tanto escribir en inglés. Creo que allí lo conseguiria. Esta persuasion es efecto del raciocinio; porque si yo escuchase la sensacion, me parece que, si hubiera nacido inglés, podria soportar todos mis males. Me represento lo que soy como organismo y como espíritu; pero habiendo nacido lord, inglés y rico. Si hubiera visto realizadas esas hipótesis, hubiera podido satisfacer todos mis gustos y todas mis vanidades. Cuando comparo esa suerte con la mia me vuelvo loco.

Con frecuencia reflexiono cuerdamente; ¿pero qué pueden las reflexiones contra las pasiones? Me ocurre este pensamiento: Si no fuera exactamente lo que soy, no existiria; seria otro; mi sér homogéneo, idéntico é individual, quedaria destruido; tendria yo otras ideas; nadie quiere cambiarse por otro, y sin embargo, nadie está contento de ser lo que es. Para evitar esta contradiccion debiamos estar contentos de ser lo que somos. Sufro tanto que me cambiaria con cualquiera, porque he llegado hasta un grado de dolor al que me parecia imposible llegar: aceptar la suerte de otro, si eso fuera posible, equivaldria á morir, porque la muerte no es otra cosa que la destruccion del yo. Cuanto más sondeo la naturaleza humana, más me persuado de que somos las piezas necesarias para formar un conjunto que no vislumbramos y para representar un papel que se nos revelará algun dia. Si se me preguntara: ¿Creeis en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma? contestaria: Eso son preguntas absurdas; Dios existe, porque es necesario, y yo creo que nosotros existimos en el mundo en una

posicion falsa, transitoria é intermedia. Hemos existido antes en otra parte? ¿Hemos de volver á vivir? Veo á Dios en todas partes. Este deseo ardiente de conocerle y de comprender nuestra naturaleza, estos presentimientos del infinito y la muralla de lo imposible y de lo prohibido, contra la que se estrellan nuestros sistemas y hasta el vuelo de nuestras ideas, todo eso me prueba que existe un Sér. La tierra solo con su fango no hubiera podido producir séres tan complejos y tan caprichosos. Ir más allá me parece imposible, por lo que espero y callo. Sé únicamente que en el mundo brego con el dolor como un condenado. ¿Mis sufrimientos encontrarán recompensa en este mundo ó en otra parte? Lo ignoro.

Hoy he sentido dolores tan acerbos, que lo que ordinariamente me espanta no me causaba dolor alguno. Cansado de tanto sufrir, la gloria, la felicidad, el porvenir, todo eso me parece imposible, indiferente. ¿Si supiérais qué sugestiones tan infernales se mezclan en todo esto, y las horrosas ideas que me ocurren, y los tormentos que me causa la duda!... Comprendo que soy desdichado y en esto estriba mi mal.

Lo que más me atormenta es ver á ciertos hombres que son felices por el carácter. Cuando esto me sucede reflexiono de este modo: Si todos sufrieran, era preciso, como compensacion general, encontrar un paraíso despues de la vida. Esos hombres que los hace felices su carácter se preocupan poco del porvenir, son imprevisores y viven satisfechos; el mundo se ha creado para ellos. ¿Será, pues, la desgracia una enfermedad cruel, y los desgraciados, pestíferos, atacados de incurable llaga que su organismo les hace sufrir, como el organismo de los otros les hace gozar!... A pesar de eso, espero y creo que Dios está tan mezclado en las cosas del mundo, que en último resultado confio en El é inclino la cabeza ante su voluntad. ¿Para qué luchar contra lo imposible? Con frecuencia estudio anatómicamente mis dolores y los contemplo con frialdad. La idea que en mí predomina es que no puedo curarlos.

Desde hace dos meses estudio el inglés con tanto ahinco, que ya leo muy bien la poesia; estoy leyendo *Rasselas*, que es un libro prodigioso. Mi intencion es dirigirme á Inglaterra, y cuando pase allí algunos años, escribir en inglés. J. L..., que es amigo mio, me presta las obras

de los poetas *lakistas* modernos de Inglaterra; su lectura me encanta. El *Gerando* que me dísteis le cambié por un Byron en un tomo. He leído un pequeño poema titulado *Ensueño*, que me ha producido efecto mágico. Una señora inglesa que me dá lecciones de su idioma, me dice que á los dos años de vivir en Inglaterra escribiré correctamente el inglés y que lo escribo ya como pocos franceses.

Mis manías son siempre crueles. Me persigue el fastidio y á cualquier parte que mire no veo más que dolores. Me atormentan todavía los medios de garmar la existencia. Ahora estoy escribiendo una biografía, pero necesito dinero, porque siempre estoy muy apurado de recursos.

I. G.,

Cuando se reflexiona que el hombre que escribió la carta anterior murió al poco tiempo, sinnúmero de reflexiones de todas clases nos ocurren sobre el contenido de la larga epístola, que es una novela, una historia y una biografía.

No repetiremos las trivialidades de rigor; no exigiremos que los sufrimientos que pinta el artista los experimenten todos los artistas; no censuraremos que Byron lllore en una elegía y ria jugando al billar; no marcaremos límites á la creacion literaria, ni criticaremos al poeta por haberse proporcionado artificialmente tal ó cual dolor para analizarlo en sus convulsiones; reconocemos como el que más lo que hay de real, de verdadero, de bello y de profundo en ciertos estudios psicológicos, que practican sobre sufrimientos exencionales eminentes poetas contemporáneos; pero no podemos dejar de observar que lo que es particularmente doloroso en la carta que acabamos de insertar, es que el que la escribió haya muerto. No la escribió un hombre que dice que sufre y que muere por decirlo, sino un hombre que realmente sufría y murió. No es esa carta la anatomía estudiada sobre un pedazo de cera, ni en la carne muerta; es la anatomía estudiada nervio tras nervio, fibra tras fibra, vena tras vena, en la carne viva, en la carne que se desangra, en la carne que dá alaridos. Veis la llaga y oís el grito. Esta carta no es un artículo literario, ni un ensayo de filosofía, ni una concepcion poética, ni la obra profunda del artista, ni la fantasía del génio, ni una vision de Hoffmann, ni una pesadilla de Juan Pablo; es un hecho real, es un

hombre que escribe en un desvan. Allí le teneis enfrente de una mesa atestada de libros ingleses, con la pluma en la mano, con el tintero al lado y con el papel delante, escribiendo línea tras línea, sufriendo y relatando lo que sufre, llorando y refiriendo que llora, consultando la fecha en el calendario, la hora en el reloj, abandonando la carta y volviéndola á continuar, dejándola otra vez y encendiendo un cabo de vela para continuarla. Despues vá á comer á un bodegon, regresa á su cuarto, tiene frio, vuelve á escribir, algunas veces sin saber lo que escribe, porque el dolor sacude tanto su cerebro, que deja caer sus ideas confusamente sobre el papel y se desparraman y corren en desórden.

Si pudiéramos comprender el estilo de un hombre que agoniza, podríamos hacer algunas observaciones sobre el estilo de esta carta. Por regla general, las cartas que ordinariamente se publican, que son las cartas de celebridades, carecen de ingenuidad, de indiferencia y de sencillez. Cuando las leemos conocemos en seguida que se escribieron con la idea de publicarse. Pablo Luis Courier hacia hasta diez y siete borradores para una carta de quince líneas. No hemos podido comprender nunca ese proceder extraño. La carta de Imbert Galloix es, en nuestra opinion, una verdadera epístola escrita como debe escribirse, flotante, descosida, suelta, sin pretensiones á la publicidad y creyendo ser olvidada. Es la idea que se abre paso como puede, que se presenta desnuda en el estado que se encuentra y que se apodera de la frase sin temor alguno. Algunas veces empieza una idea, que termina por un etc., y que os deja pensativos; se vé en dicha carta al hombre que sufre y que comunica su sufrimiento á otro hombre. Fijaos en esto: "A otro hombre, no á dos, ni á diez, ni á veinte,"; porque si en lugar de un amigo tuviese más oyentes, lo que ha escrito ese poeta no seria una carta, sino una elegía ú otra clase de composicion, y entonces hubieran desaparecido de ella la naturalidad, el abandono, la negligencia, la verosimilitud, y las pretensiones hubieran ocupado su sitio. Para escribir semejante carta, tan poco limada, tan punzante y tan bella, sin ser tan desgraciado como Imbert Galloix y solo por la fuerza literaria, era preciso ser un génio. Imbert Galloix, por haber sufrido mucho, equivale á lord Byron.

Posee las cualidades penetrantes, metafísicas é íntimas del estilo, y tambien

las cualidades mordaces, incisivas y pintorescas. La carta contiene varios retratos. Muchos dibujados de prisa, en los que se conoce que los modelos no han hecho más que pasar por delante del pintor; pero los verdaderos retratos son muy parecidos, están pintados de mano maestra y se destacan bien del fondo. Esta notable metamorfosis prueba que hay dos cosas que hacen poeta al hombre: el génio y la pasion. Galloix, que empleaba en sus biografías prosa descolorida y en sus elegías poesía lánguida, se convierte de repente en admirable escritor con una carta. Desde el momento en que no piensa en ser prosista ni poeta, es gran poeta y gran prosista.

Volvemos á repetir que esta carta no morirá. Esta carta es el amalgama de ideas más extraordinario quizás que hasta hoy ha producido en el cerebro humano la doble accion combinada del dolor físico con el dolor moral. Para los que conocieron á Galloix es una autopsia espantosa la autopsia de un alma.

Al referir la historia de Imbert Galloix no debe escribirse la biografía de los hechos, sino la biografía de las ideas. Ese hombre ni obró, ni amó, ni vivió; no hizo más que pensar, y á fuerza de pensar soñó, y se desvaneció de dolor. Imbert Galloix será uno de los guarismos que servirán algun dia para encontrar la solucion de este lúgubre y singular problema:—¿Cuánto tiempo emplea en roer un cerebro el pensamiento que no puede salir y que permanece encarcelado en el cráneo?—Repetimos que en semejante vida no se encuentran sucesos, solo se encuentran ideas. Analizad las ideas y habreis referido ya la historia del hombre; sin embargo, un gran hecho domina en la sombría historia: *el de un pensador que muere de miseria*. Hé aquí á dónde ha conducido la inteligente ciudad de Paris á una inteligencia. Este caso debe meditar: la sociedad en general trata de un modo extraño muchas veces á los poetas; el papel que representa en la vida de éstos, en unas ocasiones es pasivo y en otras activo, pero siempre es triste. En épocas de paz los deja morir, como hizo con Malfilatre, y en épocas de revolucion los mata, como hizo con Andrés Chenier.

Imbert Galloix es para nosotros un símbolo que representa á una notable porcion de la generosa juventud actual. Dentro de la sociedad existe un génio mal comprendido que la devora; fuera una sociedad mal organizada que la ahoga; no puede salir el génio encerrado

en el cerebro, y no puede salir el hombre preso en la sociedad.

Los que piensan y los que gobiernan no se ocupan bastante en nuestros dias de esa juventud dotada de toda clase de instintos, que se precipita con ardor inteligente y con paciencia resignada en todas las direcciones del arte. Esa multitud de espíritus jóvenes que fermenta en la oscuridad, necesita que se le abran las puertas, aire, luz, trabajo, espacio y horizonte. ¡Grandes cosas podrian hacerse si se quisiera con esa legion de inteligencias! Pero les obstruyen el paso ó les cierran todas las carreras y dejan que sus diversas actividades, que podrian ser tan útiles, se amontonen y se ahoguen en callejones sin salida. La sociedad no está bien organizada para los recién venidos, y sin embargo, todos los hombres tienen derecho á un porvenir, y es muy triste ver que esas jóvenes y apenadas inteligencias fijen sus miradas en la luminosa ribera donde se ostentan resplandecientes la gloria, el poder, la fama y la fortuna, y que se empujen en la oscura ribera como las sombras de Virgilio.

*Palus inamabilis unda
alligat, et novies Styx interfusa coerct.*

La Estigia, para el pobre y desconocido artista, es el editor, que le dice al devolverle el manuscrito: "Creaos antes una reputacion." La misma contestacion recibe de los directores de los teatros y museos. Pero dejadles empezar y ayudadles. Los que hoy son célebres han empezado tambien. No se puede adquirir reputacion, por grande ingenio que se posea, sin que un museo reciba el cuadro, sin que un teatro represente la obra dramática, sin que un editor publique el libro. Para que pueda volar el pájaro no le bastan las alas, necesita tambien aire.

Creemos, sobre todo en materia de arte, que es un deber en los que están arriba allanar el camino de los que intentan subir. Ya que están en la cúspide, deben tender la mano á los que trepan. Digámoslo en honra de las letras; por regla general siempre ha sucedido así. No nos atrevemos á creer que existan realmente esa especie de arañas literarias, que tienden la tela á la puerta de los teatros y que se arrojan sin compasion sobre los jóvenes desconocidos que pasan por allí con sus manuscritos. Para el que estas líneas escribe es sagrado todo poeta que empieza; en el poco sitio

que ocupa personalmente en literatura, siempre se apartará y dejará el paso al jóven principiante, porque el pobre autor novel á quien se rechaza pudiera llegar á ser un dia un Schiller. Creemos que todo colegial que hace círculos ó tira líneas en la pared puede llegar á ser un Pascal, y todo niño que bosqueja un perfil en la arena podrá llegar á ser un Giotto.

Opinamos, además, que las generaciones presentes están llamadas á cumplir altos destinos. Este siglo ha hecho maravillas por medio de la espada, y las hará tambien por medio de la pluma; solo falta que produzca un grande hombre literario de la talla de su gran hombre político. Para prepararle el camino abramos las filas.

Las eras grandes tienen dos fases; cada siglo es un binomio, $a+b$, el hombre de accion más el hombre de pensamiento, que se multiplican el uno por el otro y expresan el valor de su tiempo. El hombre de accion, más el hombre de pensamiento; el hombre de la civilizacion, más el hombre del arte; Lutero, más Shakespeare; Richelieu, más Corneille; Cromwell, más Milton; Napoleon, más lo desconocido. Dejad, pues, que se abra paso lo desconocido. Hasta ahora solo tenemos á Napoleon, que es un perfil de este siglo; dejad que se dibuje el otro. Despues del emperador vendrá el poeta. La fisonomía de esta época no se fijará hasta que la revolucion francesa, que se hizo hombre en la sociedad bajo la forma de Bonaparte, se haga hombre bajo la forma del arte. Esto sucederá. Nuestro siglo entero se encuadrará, poniéndose él mismo en perspectiva entre esas dos grandes vías paralelas, que ocuparán una el soldado y la otra el escritor; una será accion, la otra será idea, que se explicarán y se comentarán sin cesar la una por la otra. Maringo, las Pirámides, Austerlitz, Moscou, Montereau y Waterlloo, son magníficas epopeyas; Napoleon tiene sus poemas, el poeta tendrá sus batallas; pidamos sin descanso que el poeta venga; dejémosle salir de las filas de esa juventud, en la que yace todavia sumiendo la frente en la oscuridad el predestinado que deba, combinándose un dia con Napoleon, segun la misteriosa álgebra de la Providencia, dar completa al porvenir la fórmula general del siglo diez y nueve.

SOBRE MIRABEAU

1834.

I.

En 1781 medió en Francia, en el seno de una familia, árduo debate entre un padre y un tío. Trataban de un calaveron del que no podían sacar partido ninguno. El joven que era objeto del debate habia salido ya de la fase más ardiente de la juventud, y esto no obstante, permanecía abismado en los devaneos de la edad de las pasiones, lleno de deudas, cometiendo mil locuras; se habia separado de su mujer, habia robado la de otro, fué condenado á muerte y decapitado en efigie por ese hecho, que le obligó á salir de Francia, á la que más tarde regresó, segun decia, contrito y arrepentido, deseando volver al seno de la familia y reconciliarse con su esposa. El padre deseaba que así sucediese, con la esperanza de tener nietos que perpetuasen su nombre y confiando en ser más dichoso como abuelo que como padre. Pero el hijo pródigo tenia ya treinta y tres años, y era muy difícil que se operara en él esta metamorfosis. Reinstalado en la sociedad, ¿quién se habia de encargar de corregirle?... Esta era la controversia que sostenian los dos viejos de su familia. El padre queria que se encargase el tío y el tío queria que se encargase el padre.

—Llévatelo tú, decia el padre.

—No me lo llevo, le contestaba el tío.

—Supongamos, replicaba el padre, que ese hombre no sea nada. Tiene buen gusto, es aficionado al charlatanismo, aparenta ser erudito, es turbulento, audaz y algunas veces digno. Ni es duro ni odioso para mandar. Para él no existe el pasado, ni piensa en el mañana; obedece á la impresion y al momento; es un niño cotorra, un hombre abortado que no conoce ni lo posible ni lo imposible, ni el mal-estar ni la comodidad, ni el placer ni la pena, ni la accion ni el reposo, y que se abandona en cuanto encuentra resistencia. Creo, sin embargo, que puede ser un excelente instrumento empuñándole por el mango de la vanidad; creo que de ese modo le tendrás seguro. Por mi parte no le escaseo las reflexiones, y veo que se aprovecha de ellas, porque giran todas alrededor de un eje real; esto es, que vie-

nen á reasumirse en que es casi imposible cambiar de naturaleza, pero que la razon sirve para defender y cubrir nuestro lado débil, para conocerlo y para evitar el abordaje por esa parte.

—Está visto, contestaba el tío; nadie te puede curar de tu manía de querer educar á un pollo de treinta y tres años. Es tarea árdua y casi imposible querer redondear un carácter semejante á un erizo con muchas puas y con poco cuerpo.

—Apiádate de tu sobrino, insistia el padre. Reconoce sus tonterías; nadie como él confiesa sus faltas, pero no hay que negarle su ingenio y su travesura; es un rayo para trabajar y para obrar. No representa treinta y tres años, como yo no represento setenta, y así como mi trabajo de oficina fatiga á los jóvenes, él, cuando quiere, fatiga á todo el mundo; pero necesita que le gobiernen, y esto él mismo lo conoce, por lo que es preciso que te encargues de él. Sabe que tú fuiste siempre mi piloto y mi brújula; él está vanidoso de su tío, y yo te lo confío para que le consigas un porvenir: tienes todo el saturno que falta á su mercurio.

—No, le objetaba el tío; sé que los individuos de cierto temple esconden las uñas durante cierto tiempo; él mismo en épocas anteriores, cuando vivia conmigo, era dócil como una doncella en cuanto yo fruncia las cejas. Pero no quiero nada con él. Ni tengo gusto ni edad para luchar con imposibles.

—Si esa dislocada criatura admite enmienda, solo tú eres capaz de corregirle; llévatele, obra con firmeza y le salvarás; él comprenderá muy pronto que, á pesar de tu apariencia severa y fria, eres el hombre mejor que habita en la tierra, un hombre de pasta de ángeles. Són-deale el corazon y dirígale la cabeza. *Tu es omnis spes et fortuna nostri nominis.*

—No, replicaba el tío. No creas que rehuso porque haya cometido el crimen de esas relaciones, á las que yo no doy gran importancia. Una mujer joven y linda sale al encuentro de un joven de veintiseis años; ¿quién á esa edad no recoge lo que encuentra en el camino? Rehuso adoptarle porque es turbulento, orgulloso, altivo é insubordinado y de temperamento perverso y vicioso. Hace lo que puede por complacer, es verdad; pero yo sé que él sabe seducir, y que es el sol que empieza á brillar, por lo que no quiero exponerme á ser su víctima. Los jóvenes siempre suelen tener razon cuando van contra los viejos.

—No has pensado siempre así, respondió tristemente el padre: en otros tiempos me decias: *Ese chico hace de mí lo que quiere.*

—Sí, y tú me contestabas: *Desconfía de él, no te fies de su pico de oro.*

—Pues no sé qué hacer! exclamaba el padre, vencido en sus últimas trincheras. No puede uno cortarse un hijo como se corta un brazo; si esto fuera posible, yo seria manco hace mucho tiempo. Después de todo se ha podido corregir á otros más débiles y más locos. Debemos resignarnos á aceptarle como Dios lo ha hecho: yo por mi parte me resigno, y haré por él lo que pueda, ya que tenemos esta obligacion.

—Pues encárgate de él; yo no me encargo. Es locura querer sacar partido de ese hombre: convendria enviarle, como dice su mujer, á los *insurgentes*, para que le rompiesen la cabeza. Tú eres bueno y tu hijo es perverso; te ciega el deseo de querer tener nietos; pero para apagar ese deseo piensa que Ciro y Marco Aurelio hubieran sido muy dichosos si no hubieran nacido Cambises y Cómodo.

¿Leyendo lo anterior no parece que presenciemos una de esas escenas de la alta comedia doméstica, en las que la gravedad de Molière casi equivale á la grandeza de Corneille? ¿Se encuentra en Molière algo más notable y de mejor estilo, algo más profundamente humano y verdadero que esos dos respetables ancianos, que el siglo diez y siete parece haber dejado olvidados en el siglo diez y ocho como dos modelos de mejores costumbres? ¿No los veis, severos y preocupados, apoyarse en sus largos bastones, y recordando en sus trajes á Luis XIV más que á Luis XV y á Luis XIII más que á Luis XIV? ¿No hablan el mismo idioma que Molière y Saint-Simon? Este padre y este tío son los dos tipos eternos de la comedia; son el marqués y el comendador, son Geronte y Aristo, la bondad y la discrecion; admirable duo que con frecuencia repite Molière.

Lo notable en el presente caso consiste en que la escena que acabamos de bosquejar es verdadera. El diálogo entre el padre y el tío se entabló por medio de cartas, cartas que ahora el público puede leer ya (1); y los dos ancianos sin saberlo se engolfaron en una grave cuestion, en cuyo fondo aparecia uno de los más grandes hombres de nuestra historia; lo notable en este caso es tambien

(1) Véanse las *Memorias* de Mirabeau, ó mejor dicho sobre *Mirabeau*, recientemente publicadas, tomo III.

que el marqués y el comendador son realmente un comendador y un marqués. Se llamaba el uno Víctor de Riquetti, marqués de Mirabeau, y el otro Juan Antonio de Mirabeau, bailío de la orden de Malta. El *picaro sobrino* se llamaba Honorato Gabriel de Riquetti; en 1781 su familia le conocia por el apodo de *El Huracán*, y hoy todo el mundo le llama MIRABEAU.

Así, pues, hombre *abortado, criatura dislocada*, individuo *de quien no podia sacarse ningun partido, cabeza á propósito para que se la rompieran los insurgentes, verdadera plaga*, era en 1781 Mirabeau para su familia.

Diez años más tarde, el 1.º de Abril de 1791, inmensa muchedumbre cubria las avenidas de una casa de la Calzada de Antin. La multitud estaba taciturna, consternada, profundamente triste: en aquella casa estaba agonizando un hombre.

El gentío inundaba la calle, el patio, la escalera, la antesala, y muchos individuos no se habian movido de allí en tres dias. Se hablaban en voz baja, como si no se atrevieran á respirar, interrogándose con ansia los entrantes y los salientes. Aquella multitud, para el hombre que allí vivia, era lo que una madre para su hijo. Los médicos habian perdido la esperanza de salvar al enfermo. De vez en cuando circulaban entre los circunstantes unas hojas volantes que leian con avidez, y las mujeres sollozaban. Un joven, en el paroxismo de su pesar, ofreció en alta voz abrirse una arteria para transfundir su sangre rica y pura en las empobrecidas venas del moribundo; todos, hasta los menos inteligentes, parecian abrumados por la idea de que con aquel hombre iba tal vez á morir un pueblo. Esta idea preocupaba á casi todos los habitantes de Paris.

El moribundo espiró.

A los pocos minutos de haber exclamado el médico de cabecera *¡ha muerto!*, el presidente de la Asamblea nacional se levantó de su asiento y repitió: *¡ha muerto!* Uno de los principales oradores de la Asamblea, Barrere de Vianxac, se puso en pié, llorando, y exclamó, dejando escapar más sollozos que palabras: "Pido que la Asamblea haga constar en el acta de deliberaciones de este dia funesto el sentimiento que le ha causado la pérdida de tan grande hombre, y que se invite en nombre de la patria á todos los miembros de la Asamblea á que asistan á los funerales."